

Unidad 5

- Culturas al Margen del Desarrollo Histórico Occidental

5.1 Los primitivos actuales

5.2 África

5.3 Oceanía

CULTURAS AL MARGEN DEL DESARROLLO HISTORICO OCCIDENTAL

1. LOS PRIMITIVOS ACTUALES

El criterio histórico de progreso y evolución ha designado como "primitiva" a toda cultura pasada o presente que no se haya transformado en su núcleo a través del tiempo. Sin embargo, esto no significa que dichos pueblos sean "bárbaros" o "salvajes", puesto que existen grupos cuya base es precisamente el continuar repitiendo un origen que consideran fundamental y que puede ser de índole mágica, religiosa, o sagrada, y es parte de esa cultura el no apartarse ni en sus ritos, ni en su arte, ni en su vida cotidiana de ese centro alrededor del cual gira toda su existencia. Por eso debemos entender la significación del término "primitivo" como un contacto con lo "real" originario y primero, que por su profundo valor no ha de cambiar sustancialmente a lo largo del tiempo. "Difícilmente se aparta de lugar lo que mora cerca del origen" (Heidegger). En este sentido sí podemos diferenciar a los "pueblos primitivos" de los "pueblos históricos".

También debemos replantear el significado del "tiempo" que aplicamos a las culturas, ya que es muy diferente el tiempo de la vida cotidiana que el tiempo sagrado. Para los pueblos primitivos el tiempo es un estar, una estancia en el sitio sagrado. El rito los contacta una y otra vez con ese tiempo sagrado del cual la vida diaria los aleja y alrededor de este origen, de este centro, se ordenan todos los demás niveles de la realidad (política, social, artística, etc.).

El arte y la cultura primitivos han sido revalorados por la civilización occidental pues permiten al hombre actual aproximarse a otros modos de asumir lo real, al tiempo que enriquece su cultura con una visión más originaria e intensa.

Este fue el caso de los artistas de fines del siglo XIX y principios del XX, quienes al sentir la propia cultura como decadente volvieron su mirada a Africa, Oceanía, América y Asia en busca de un origen que sentían perdido.

Los primitivos actuales son los bosquimanos del extremo de Africa del Sur, los fueguinos de los confines de América Meridional y los australianos. Estos pueblos han tenido un desarrollo básicamente autónomo, aunque su aislamiento de la civilización no haya sido radical. Sus culturas no son idénticas pero se asemejan a las del paleolítico y neolítico pues han mantenido un medio, marcado en gran parte por el clima y los recursos naturales, del que brotan sus rituales. Técnicamente no han sufrido gran evolución; siguen utilizando instrumentos rudimentarios y su estilo de vida continúa siendo similar. Para ellos, la funcionalidad no es la búsqueda de comodidad sino un medio de preservación de la vida.

El arte es diferente en los tres grupos, ya que los fueguinos (que prácticamente

han desaparecido) no muestran gran desarrollo en las artes plásticas, mientras que los australianos tienen un abundante repertorio, donde la imagen es parte de un proceso simbólico que funciona orgánicamente y puede denotar un modo de sentir la unidad indivisible de todo lo que existe (al igual que el hombre prehistórico).

Un ejemplo de arte australiano es la "churinga" que André Leroi-Gourhan cita en *El arte y el hombre*. Consideremos a un grupo de australianos sentados en círculo sobre la arena. En el centro está el recitante, hombre que al hablar rima sus palabras con movimientos de su cuerpo y con las réplicas de los asistentes, mientras va siguiendo, con la punta de su dedo, las formas de la "churinga" (que es una plaqueta de piedra blanca grabada con grupos de espirales o círculos concéntricos). A medida que se desarrolla el recitado, sigue con su dedo una primera espiral grabada, cuyo centro corresponde al final del periodo. Añade progresivamente el resto de las espirales o círculos, cada uno de ellos integrado rítmicamente en los periodos del recitado. Luego, sin dejar de hablar, establece uniones mediante trazos entre las espirales y termina el dibujo al mismo tiempo que el recital. Considerada aisladamente, la imagen de la churinga no tiene significado alguno, pero provoca un drama figurativo al ser vivido corporalmente por todos sus actores.

Aun cuando Africa y Oceanía pertenecen también a los llamados pueblos primitivos, serán tratados independientemente.

1.1. Africa

Al hablar de la cultura de Africa deben considerarse muchos elementos. El primero de ellos es la existencia de una diversidad de culturas conocidas dentro del continente africano que presentan grandes contrastes tanto en el ámbito natural dentro del cual surgen como en el tipo físico de los hombres que las crean. Las sociedades no son homogéneas ni en el aspecto cultural ni en el físico, puesto que se dividen en innumerables tribus y subtribus con cultura y lenguaje propios.

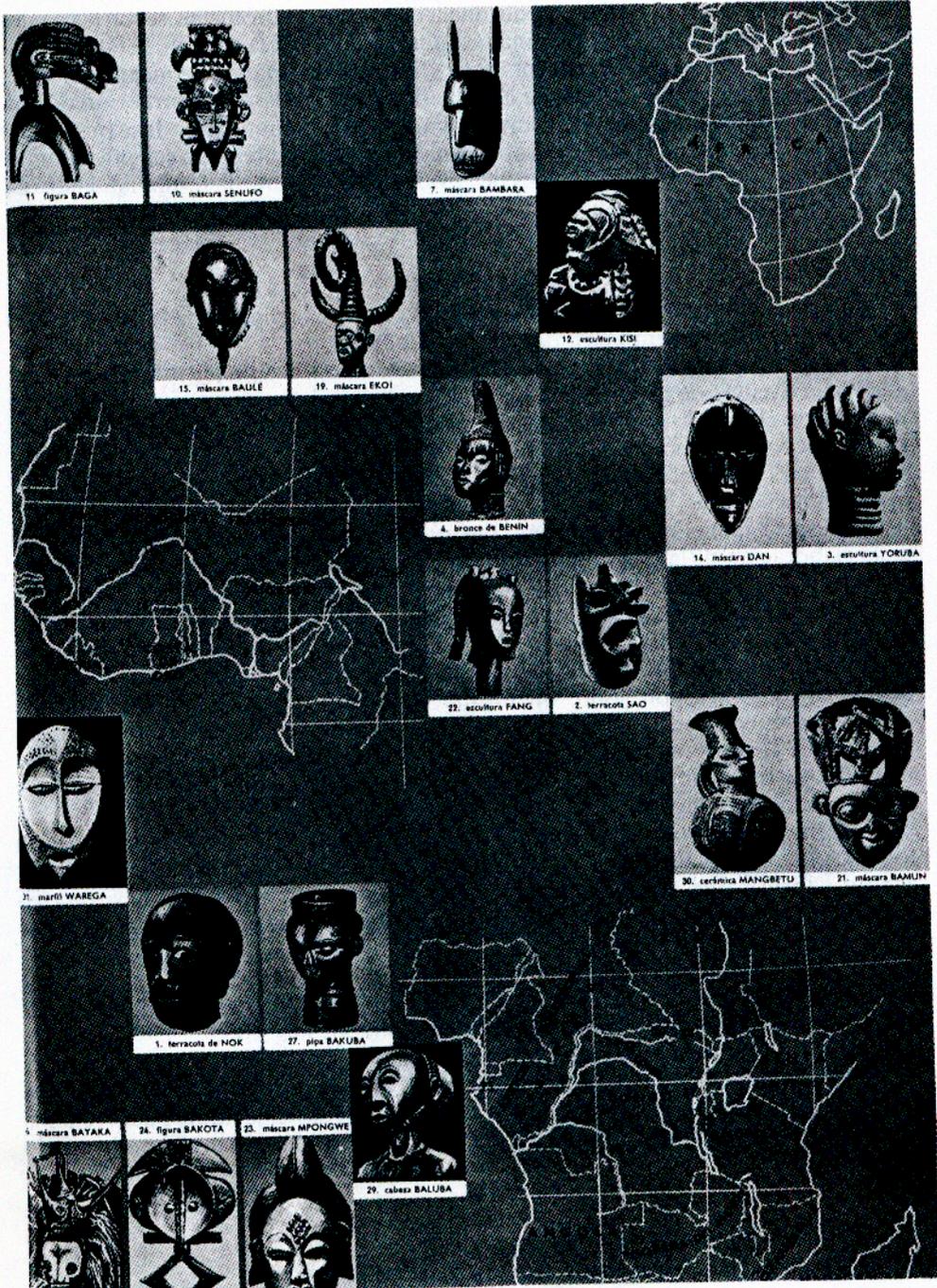
Se han distinguido tres regiones principales en las que se desarrollan las culturas más importantes, culturas que se formaron a lo largo de cientos de años y han asimilado grandes influencias de diversos pueblos.

Existen elementos que pueden considerarse generales a todas estas áreas y a las diferentes tribus que en ellas se han desarrollado. Es la sabana la que domina y otorga su fisonomía a estas tribus. Es muy importante tener en cuenta las características de un lugar geográfico, pues constituyen formas que sus habitantes viven, respiran y conocen a lo largo de sus vidas.

La topografía, la flora, la fauna, los colores de una región están tan íntimamente relacionados con los hombres como lo están los hechos que en ella acontecen. Estos lugares, al igual que los acontecimientos, son signos a los cuales el hombre confiere un valor, a los que otorga un sentir que es resultado de su unión con el medio en el que habita.

Forma de vida

La identidad tribal es la base para la preservación de la vida, es la manera de conservar las tradiciones, la mitología, las creencias religiosas y rituales, el lenguaje y las costumbres sociales. Sin embargo, cada tribu se distingue por sus diferentes atuendos, peinados, tatuajes, pintura corporal. La pertenencia a la tribu es fuente de orgullo y bienestar y cada miembro debe lealtad absoluta a todo el grupo. La



Mapa de Africa y Oceanía

RENE HUYGHE

sabiduría que se transmite de generación en generación se deposita en un sistema religioso que explica la vida y la muerte y sondea la relación del hombre con el mundo del espíritu. Aun cuando varían en muchos aspectos, las diferentes religiones poseen un rasgo en común: la sustancia misma de sus creencias, según las cuales todas las cosas, animadas o inanimadas, poseen una fuerza vital que si no es bien dirigida se convierte en fuerza devoradora y destructora. Más que temer a la muerte, estas culturas temen a la fuerza de la vida; por eso, la muerte o destrucción de una entidad donde esa fuerza reside es crucial para toda la comunidad y debe buscársele un nuevo “hogar” como una máscara o una imagen. Cada religión celebra distintas ceremonias para controlar la fuerza de la vida, para asegurar la fertilidad, la lluvia, la fecundidad de la tierra, etc.

Arte

El arte está unido inseparablemente a las creencias religiosas y forma un todo indivisible con las ceremonias, danzas y costumbres.

En contraste con el arte occidental contemporáneo, el de estas tribus es esencial a la supervivencia de la sociedad. Es de naturaleza mágica en cuanto es puente de unión entre el mundo espiritual y el material. Así, la imagen materializa lo invisible. La belleza como tal no puede separarse de la idea de valor ritual. El arte se crea para ser visto en ciertas ocasiones y en sitios determinados, y la misma ejecución de la obra es ritual.

El respeto que el material mismo (en este caso principalmente la madera) tiene en la elaboración de la escultura es uno de los elementos que los escultores del siglo XX tanto han valorado en el arte africano.

Las figuras son rígidas, el movimiento está dado por el ritmo de línea y volumen que se repite en la totalidad de la figura, y este ritmo es más cercano a su sentir que cualquier interpretación temática. Este ritmo provoca una sensación de que cada detalle es una variación sobre un mismo tema que se da con mayor o menor intensidad en este todo que es la figura. Las esculturas africanas, frontales, cuya cabeza casi siempre equivale a un tercio de la figura completa, son un ejemplo maravilloso de la abstracción, síntesis y distorsión que tanto impresionó a los artistas de nuestro siglo.

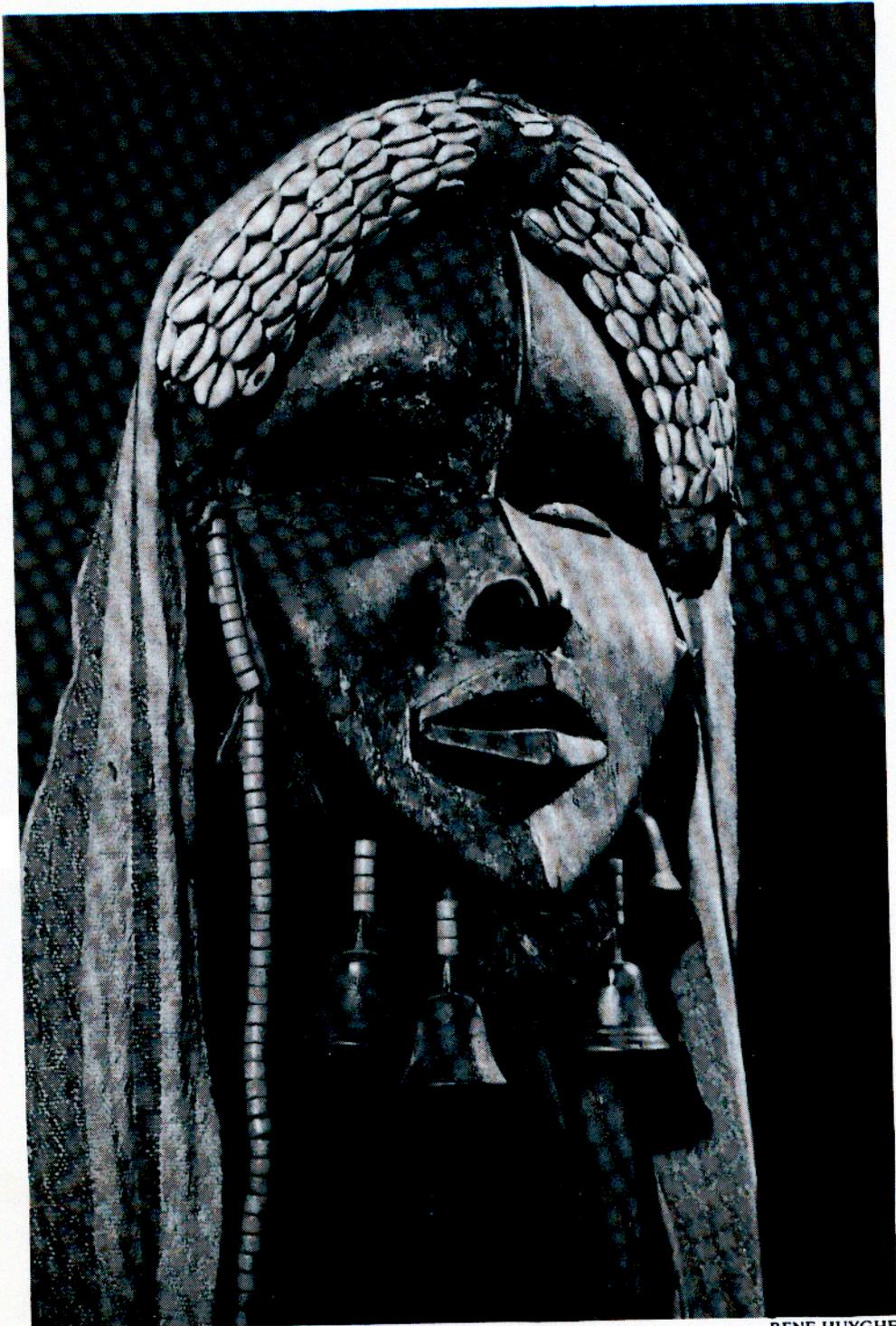
Debemos recordar que la escultura —y sobre todo las máscaras— es parte de un todo. La máscara es un “sitio” donde se aloja una fuerza vital que es inseparable del cuerpo adornado de quien la porta, así como de su indumentaria y de sus movimientos. El hombre está poseído por el espíritu presente en la máscara y ésta sólo se porta en ocasiones muy especiales.

La danza muestra dos aspectos que recuerdan de cierta forma las opciones que actualmente tienen los actores en el teatro y en el cine: uno es “apoderarse” del doble y poseerlo; el otro es representar a un héroe, resucitarlo.

Las llamadas “artes menores” poseen a su vez un valor simbólico; por ejemplo, el tejido, que repite en la urdimbre las letras con las que se simboliza el cultivo. Por otro lado, son una prolongación del ser espiritual invisible de aquel que efectúa la obra. El objeto ornamentado inscribe el ser invisible del ejecutor en el mundo material visible.

1.2. Oceanía

El semblante de Oceanía está constituido por millares de islas de todas las dimensiones, que desde el tiempo de los primeros exploradores del Pacífico han



Máscara de Danza. Costa de Marfil

RENE HUYGHE

extasiado al mundo occidental, poblando sus sueños con paisajes paradisíacos llenos de misterio y poesía. Muchos hombres, aventureros y artistas, se evadieron hasta sus tierras añorando el retorno a la vida simple y primitiva de sus islas encantadas. Pero los nativos tenían una existencia de sorprendente complejidad y grandes contrastes. Sus vidas estaban atadas a un origen de orden religioso y regidas por mitos y leyendas que variaban —lo mismo que su arte— de región en región pero poseían una fundamental unidad basada en el carácter mágico y simbólico de las fuerzas sobrenaturales que las dominaban.

Su relativo aislamiento ha configurado el fondo cultural neolítico en el que hasta hace poco aún vivían los pueblos de Melanesia, Polinesia y Micronesia.

El arte oceánico nos muestra una parte de estos mundos maravillosos, donde una estatuilla simbolizaba un antepasado siempre vigilante, una máscara pintada era la residencia temporal de un dios y un ornamento específico se convertía en el guardián de un barco, y como todos los objetos de arte poseían una significación religiosa, para realizarlos los artistas tenían que seguir ciertas fórmulas que les impedían alejarse de la exigencia ritual y que, a la vez eran comprendidas por todo el grupo.

Los artistas de Oceanía fueron grandes creadores de formas que apreciamos en sus esculturas, máscaras y objetos decorados con cincelados o incrustaciones, en sus dibujos trazados en la corteza de un árbol o en los tatuajes de sus cuerpos. Pero al igual que todo el arte primitivo, el oceánico no tenía como finalidad la belleza en sí misma ni que el artista se expresara a sí mismo en tanto individuo, sino reflejar los sentimientos de toda la comunidad respecto al espíritu esencialmente religioso que los dominaba (mostrando no lo que se ve sino aquello que se sabe que existe) a través de mitos y leyendas enraizados en un mundo de dioses.

El arte, al mezclar el mito con la vida cotidiana, aseguraba el equilibrio de la sociedad y por eso los artistas gozaban de gran prestigio. En Polinesia se creía que tenían una virtud llamada "mana", que era una fuerza que combinaba su prestigio con un supuesto poder mágico, pues para crear una obra de arte el artista debía utilizar no tanto su habilidad artística y talento sino su magia (a partir de la realización rigurosa de ciertos ritos) para crear una obra perfecta que estuviese vinculada al mundo sobrenatural. También el arte garantizaba la estabilidad de los oceánicos pues éstos sentían que, a pesar de vivir en un mundo cambiante, su existencia estaba anudada a su origen, a través de la presencia invisible de los ancestros, eternos centinelas que vigilaban todos sus actos. Y es que la base de las religiones oceánicas (fuente de su arte) era el temor y respeto a los muertos, y a través de sus obras los artistas les ayudaban a honrarlos.

Así, en Oceanía dominaba ante todo la inquietud por el más allá; sin embargo, muerte no significaba aniquilación, sino que era una cualidad diferente de la vida, por lo que concibieron un mundo donde los vivos y los muertos, lo natural y lo sobrenatural, coexistían estrechamente, puesto que los muertos rodeaban constantemente a los vivos bajo la forma de árboles o animales, y de su buena o mala voluntad dependía la suerte de sus hijos y nietos. Estos, a su vez, tenían que defenderse de la envidia de los antepasados muertos tratando de agradarlos mediante todo un repertorio de precauciones mágicas donde las imágenes de los muertos, mezcladas con la de los animales totémicos, lagartos, cocodrilos, pájaros mensajeros (que simbolizaban a los ancestros más antiguos), se convertían en parte de todas las actividades cotidianas. adornando las casas de reunión, sirviendo como máscaras sagradas a los danzantes, santificando con su imagen gran número de objetos utilitarios y haciendo de guardianes totémicos.

Otra forma de defenderse de los demonios que acosaban al hombre oceánico

era a través del ritual y éste casi siempre iba acompañado de danzas donde los participantes debían atraer el favor de los dioses, para lo cual se ataviaban con joyas, escudos y lanzas, ropajes y peinados suntuosos, tatuajes o pinturas corporales y máscaras sagradas. Acompañados por el ritmo del tambor y cantos colectivos, los danzantes exorcizaban a los demonios a través de los movimientos desenfrenados de sus cuerpos. De esta manera complacían a los muertos, atraían su favor y afirmaban la vida de la colectividad.

Otro rasgo interesante del mundo oceánico es su obsesivo interés por la cabeza, pues sentían que en ella residía el ser y el poder. Fueron feroces cazadores de las cabezas de sus enemigos y también los piadosos conservadores de las de sus propios padres después de la muerte, cabezas que modelaban cubriéndolas con cera y resina y a las que después pintaban. En arte dispensaban mucha atención y cuidado a la realización de la cabeza o el rostro, ya sea que lo trataran en dos o tres dimensiones, mientras el resto del cuerpo era representado tan sólo como un elemento secundario. Un ejemplo claro de esta obsesión son las enigmáticas cabezas monumentales que esculpieron los artistas de la Isla de Pascua y que hasta la fecha intrigan y maravillan a cuantos las contemplan.

Este interés por la cabeza incluye al rostro, por lo que en la creación de máscaras se desataba la imaginación e inventiva del artista: algunas tenían rostros aterradores, amenazantes o dramáticos; otras eran máscaras fantásticas de cuyos diseños en espiral se derivaban los tatuajes de los guerreros y la decoración de casas, esculturas y canoas. Al usar la máscara, el portador se anulaba para adquirir otro rostro, se convertía en "otro" y asumía el poder que la máscara albergaba. La máscara ocultaba al hombre para revelar el poder sobrehumano de los dioses, antepasados o espíritus que habitaban en ella y materializaba los terrores experimentados por toda la comunidad.

Otro objeto mágico de Oceanía en el que se creía que habitaban los espíritus era el "tótem", labrado con diferentes símbolos de animales, vegetales, elementos atmosféricos o simplemente con representaciones geométricas abstractas que narraban mitos o historias y tenían el poder de favorecer o malograr las cosechas y las vidas de los hombres; por eso tenían un efecto aterrador.

Las creaciones estéticas del Pacífico poseen un gran valor como comunicadores de lo invisible y traen a la superficie esas imágenes sobrenaturales y demoniacas que flotan en el inconsciente colectivo y expresan el ser del hombre oceánico.

2. EL MITO

Los hombres de la antigüedad, al igual que los primitivos contemporáneos, que se hallaban ante una realidad desbordante y amenazadora en la que el mundo se les presentaba no como algo inanimado y vacío sino pleno de vida y secretos, buscaron una vía para comprender su realidad.

Pasmados ante la confusión que para ellos significaba el mundo, estos hombres callaron, contemplaron para más adelante responder al universo con un lenguaje de sueños y de vida imaginaria. Gracias a este nuevo lenguaje, el hombre se abrió al mundo, creó una nueva realidad en la cual lo real pasó a ser reflejo de lo imaginario, de lo soñado. La fantasía cobró tanto poder y verdad —o más— que lo real visible, y así este hombre configuró un maravilloso mundo mítico.

Fue la creación de mitos lo que le permitió soñar en su mundo y crearlo: su imaginación movilizó el entorno para darle un nuevo conocimiento que no le resolvió el misterio pero que operó como fuente de inspiración de aquellas mentes



Máscara de Antepasado. Nueva Guinea

RENE HUYGHE